

El cura Merino repasa los Pirineos

La noticia de que el famoso Cura, que llegó de párroco de un lugarejo de Castilla a Mariscal de Campo, Teniente General y General en Jefe del Ejército, ha repasado los Pirineos y retornado a España, dándose así fin a un destierro que ha durado 122 años, haría a buen seguro sonreír a sus biógrafos, acostumbrados a las «sorpresas» y golpes de manos del genial guerrillero. ¡Merino ha hecho «otra de las suyas»! Es decir, ha roto el hielo del tiempo y ha quebrado el olvido de más de un siglo. El interés y la expectación que la exhumación y traslado de los restos han suscitado en España, bien se merece este rápido reportaje.

Alençon, última morada del General Merino

Alençon es una pequeña ciudad, cabeza de prefectura, del departamento del Orne, en la región francesa de Normandía. Más fama que por ser capital de distrito administrativo y productora de los típicos encajes de su nombre, más conocida que por haber sido escenario de una de las batallas de Normandía de la última Guerra Mundial, lo es por ser la cuna de una santa francesa que siguió las huellas de otra española de su mismo nombre —Santa Teresa de Lissieux— que si bien profesó en el Carmelo de este lugar, nació en Alençon y fue bautizada en la misma parroquia de Santa María, donde el cura Merino acudía para cumplir los deberes de su ministerio.

Y en Alençon fue a morir, bien lejos de su tierra, el sacerdote de Cristo y Teniente General de España, Jerónimo Merino Cob, el guerrillero que más fervor religioso y color patriótico imprimió a la guerra de la Independencia, que nunca fue vencido en ella ni en el monte ni en campo abierto. De él llegó a decir Napoleón: «Prefiero la cabeza de ese Cura a la conquista de cinco ciudades españolas».

Pero Merino, a los cinco años de vivir en Alençon, pagó también su tributo a la muerte. Un martes, 12 de noviembre del año 1844, a las dos

de la madrugada, falleció en su mansión sita en la «Grand Ruelle», número 10, muy cerca de la casa donde había de nacer la dulce patrona de las Misiones. Así lo declararon ante el Alcalde adjunto de Alençon Mr. Laveille, los vecinos del difunto Luis Louriel y Christophe Langevin, extendiéndose como un reguero de pólvora la noticia entre el clero, la nobleza y el pueblo de Alençon, que a pesar de ser enemigos circunstanciales como franceses, del gran patriota español, admiraban a «M. Jérôme Merino, general espagnol refugié» y se deshicieron en homenajes con motivo de sus honras fúnebres, destinándole como cementerio para su último reposo, de los tres que aún existen en Alençon, el monumental de «Notre Dame».

El recobro de las restos, deuda acuciante

¿Cuántos españoles, que en vida estuvieron aureolados por el marco del patriotismo y poseyeron las alas del genio, reposarán en tierras extrañas?

El caso del Cura Merino esa acuciante. Su destierro perduró demasiado después de su muerte. No obstante, todos los años los legitimistas franceses y sus compañeros de exilio franceses y sus descendientes, cuidaban amorosamente de su sepultura. En Burgos, sobre todo en las tierras del Duero y del Arlanza, en Lerma y Villoviado, no se le olvidó nunca. Había de llegar el Movimiento Nacional, era de restauración de instituciones y de monasterios, de exaltación de figuras señeras de nuestra historia, no menos que de elevación del nivel de vida de los hombres de España, para que, en 1944, con motivo de su centenario, se le dedicase una calle, en Burgos, y después en su pueblo natal se reeditara su biografía, formándose una Junta para la repatriación de los restos.

Llegado el momento propicio, el 22 de Junio de 1962 una comisión burgalesa, desplazada a la ciudad de Alençon, en reparación de tantos años de olvido, sin más trámites ni dilaciones acudió en busca de los restos del célebre personaje, con fervor de peregrinación.

La exhumación

Los muertos del cementerio de Alençon no han podido dormir tranquilos y quietos en lo que va de siglo. En la última batalla de Normandía el camposanto de la ciudad fue blanco de los bombardeos y escenario de combates que aún permiten hoy ver las mordeduras de la metralla y de los disparos.

A la primera campanada de las nueve, del día 22 de Junio pasado, la

comisión española rodeada, con emocionado estremecimiento, el panteón del General Merino. El mausoleo, era una construcción de base granítica rematado por una pirámide truncada ornada con una lápida de marmol negro. Limpiamos la piedra levemente y aparecen claras las letras de la inscripción latina, que, sobriamente, traza el perfil moral y castrense de D. Jerónimo, el clérigo guerrero que recuerda, en el nombre y en los hechos, a aquel otro Jerónimo de Perigord que pidió al Cid antes de entrar en batalla el honor de dar «las primeras heridas» a los infieles.

MERINO

hispaniae exercitu

imperator

obiit in exilio

alençon

Le 12 Novembre année de 1844

Paratur fuit mori

magis quam

patrias dei leges

praevaricari

Con la venia del representante de la prefectura Monsieu Garnier Roland, se procede a descubrir la fosa que a un metro y medio de profundidad, junto a la pared sureste del camposanto, pone de manifiesto un ataúd de madera con interior de cinc. El esqueleto se halla completo. La cabeza, ligeramente flexionada y recubierta de cabellos de color rubio canoso, en forma de melena. No se olvide que Merino había nacido en el siglo XVIII, el 30 de septiembre del 769. La mano derecha está colocada junto al fémur derecho, y el antebrazo izquierdo, doblado en un ángulo de ciento cuarenta y cinco grados. Pese a los ciento dieciocho años transcurridos desde su muerte y al temblor que en la santa tierra del recinto pudieron provocar los bombardeos, persiste firme y entera toda la osamenta con restos musculares y gran cantidad de vello adherido sobre todos los huesos de las extremidades inferiores. El retrato que nos han dejado biógrafos y novelistas, que le pintaron muy velludo, se confirma en parte. El esqueleto revela una gran talla, un metro setenta y cinco centímetros. El Dr. Ruiz Valverde, médico forense que ha dirigido la exhumación, nos hace notar la robusta complexión que hubo de tener el personaje, como denotan su altura, la osificación del cerebro y la magnitud de los fémures.

En la sencillez emotiva en que nos hacemos cargo de los huesos, elevamos al cielo un padrenuestro por el héroe. Y también se oyen unas breves palabras de gratitud hacia la tierra francesa que ha cobijado amoro-

samante los restos mortales del General Merino. Unas caballerescas palabras de M. Garnier, cancelan el solemne acto, que, simbólicamente, contribuye a la aproximación, por un motivo del pasado, a hombres y tierras de dos naciones próximas de la Europa actual.

La España que impulsó al cura Merino

Merino había nacido en Villoviado, pueblo de 30 casas y 25 vecinos, en 1769. Según su partida de bautismo era hijo legítimo de Nicolás Merino y de Antonia Cob, labradores del Valle de Solarana. Alternando la ayuda a sus padres en las faenas agrícolas y la vida pastoril con los estudios eclesiásticos que hizo en Covarrubias, le iban sorprendiendo acontecimientos, para él y para tantos españoles apasionantes.

Merino observaba, desde joven, los ramalazos de los vientos ultrapirenaicos, que comenzaban a helar las conciencias y a producir, en la propia Castilla, la soledad de las almas. Sintió de cerca las medidas antirreligiosas comprendidas entre la expulsión de los jesuitas y el decreto cismático de Urquijo. Había rodado en Francia la cabeza de Capeto y habían echada los revolucionarios su cuerpo a las lampreas. En Madrid, las damas distinguidas se exhibían con el gorro frigio, y, como dice Godoy en sus Memorias, al primer amago que hicieron los franceses sobre el Ebro, una sociedad secreta masónica de Burgos, preparaba a sus diputados para dar a los degolladores de Luis XVI el «abrazo fraternal», discutiéndose sólo si a España le convenía una república ibérica o una federación de repúblicas ibéricas. Y esto en la cabeza de Castilla, cuna de la nacionalidad.

Pero no fue Merino de mozo a detener a los franceses en 1793, a Pancorvo, las Termópilas de Castilla, donde se helaron las risas de los que entonaban «La Marsellesa» y se tragaban a los nobles y a los curas.

No luchó en esa campaña. En 1796, tomaría posesión de la parroquia de Villoviado, y sólo entró en la Historia en enero de 1808.

De Jefe de partida a Mariscal de Campo y Teniente General

Al llegar el mes de Enero de 1808, el cura Merino era un pastor de almas, experimentado, con doce años de ejercicio. El ejército de Dupont había atravesado el Bidasoa en Diciembre anterior. En 17 de dicho mes, una compañía de cazadores franceses pidió bagajes en Villoviado para proseguir a Leirama, y su jefe requisó como acémilas a los propios vecinos,

sin excluir de la humillante medida al párroco, que fue cargado con bombo, platillos y otros instrumentos de música. La literatura anecdótica ha hablado de que con los dedos de cruz y mirando con fiereza a a sus ofensores, juró al llegar a Lerma, que los franceses «se la habían de pagar», y que aquella misma noche se emboscó entre los robledales de Quintanilla la Mata, cumpliendo su palabra, al derribar de un infalible disparo a un soldado francés. Absurdo. No se declararí la guerra a Napoleón hasta el 2 de Mayo, y los patriotas más madrugadores murieron en Burgos, frente a los franceses, el 18 de Abril de 1808. Es más, la verdadera historia acredita que el General Merino tuvo un gesto de humor, en relación con haber soportado ir con los instrumentos de música franceses a cuestras, pues los mandó grabar en su pueblo, y aún están allí.

El cura Merino hizo una gran carrera militar. Reunía, desde luego, las mejores condiciones del jefe de partida: Pulso certero, resistencia inconcebible, temple de acero. Era un brote natural de la Castilla de los robledos y pinares, que había producido al Cid, a Fernán González, a los Infantes de Lara. Pero su campo de operaciones no se limitó jamás a sus cuarteles de invierno o de peligro, es decir, las sierras de Burgos y Soria, sino que luchó en campo abierto por la Castilla de las tierras llanas de pan llevar, por Castilla la Nueva y Extremadura. Tenía grandes condiciones para la emboscada, para atacar, separar y pulverizar las concentraciones enemigas, y a medida que fue avanzando la guerra, reveló unas geniales condiciones estratégicas, al mando de regimientos, divisiones y cuerpos de ejército. El propio Baroja, que tiende siempre a derramar sobre él negras tintas, le considera un excelente técnico y dice de él que de haber tenido estudios militares hubiera sido un gran jefe de Estado Mayor de un ejército regular, pues su especialidad era la organización lenta y perseverante; no quería dejar nada a la suerte y era muy meticuloso en el desarrollo de sus operaciones. Manejaba a los hombres con un gran sentido de la psicología del soldado, tanto del campesino como del intelectual. Con los voluntarios profesionales o estudiantes, formó a la oficialidad, por medio de una especie de academia dirigida por jefes y oficiales del ejército regular. Era cariñoso con sus soldados. Proscribía a los blarfemos, borrachos y pendencieros, y transformó a las gentes sencillas en un veterano ejército de cruzados. Por eso y por su conocimiento del terreno, por la lealtad de su tropa, por su sistema de confianzas, exasperó a generales como Roquet, Kellermann, el héroe de Valmy, el Conde de Arlon y el Capitán General Dorsenne y no tuvo jamás sorpresas ni decalabros.

Comprendió, desde los comienzos, el carácter nacional de la contienda y obró siempre de acuerdo con la Junta Provincial de Burgos; al principio, conforme a los planes de un jefe, que, si se encubrió con el misterio

so sobrenombre de «El Director», posteriormente reveló el caudillaje político del Intendente provincial, mártir de la independencia, D. José Ortiz de Covarrubias, luego actuó Merino bajo las órdenes de la Junta Suprema Central, a la que informaba siempre detalladamente, enviándole la documentación y las presas cogidas al enemigo.

Merino era siempre el primero en los combates, acreditando su valor personal, jamás imprudente, en el asalto a Roa, una de las operaciones más elogiadas de la Guerra de la Independencia, y al herir personalmente en Hontoria al Coronel Bremont.

Cuantas veces se le quiso «coger en la ratonera», como por ejemplo en Lerma, por el «Empecinado»; en Puentedura, cuando estaba rezando el rosario dentro de la iglesia con sus soldados, o en el Cristo de Villahizán, en que se defendió en condiciones de inferioridad, utilizando una manada de toros; se salvó, con prodigios de valentía personal y ardidés de ingenio notables, y generalmente con muerte de sus perseguidores, o convirtiéndose de «ratón en gato», como reconoció, admirado, el «Empecinado».

Por eso, en las tres campañas de 1808, 1823 y 1833, y siempre por méritos de guerra, ascendió de jefe de partida a Capitán de Infantería, y después, por todos sus grados, hasta Coronel de Húsares de Caballería, Brigadier, Mariscal de Campo y, por fin, Teniente General.

Las célebres acciones de Quintana del Puente, Quintanar, Almazán, Covarrubias, Puebla de Sanabria, Grado, Zamarramala, Hontoria, Burgos, y la batalla de Vitoria, le conquistaron fama internacional y el enojo de Napoleón. En cambio Wellington le apreciaba en todo su valor, y le regaló un caballo y un sable magníficos, y cerámica y objetos personales, como muestra de predilección, y el héroe de Bailén, Castaños, le distinguía entre los generales de su ejército y le nombró en 1813 Gobernador Militar de Burgos. A la vuelta de Fernando VII, éste le creó canónigo de Valencia y le concedió la Cruz Laureada de San Fernando.

Como jinete, el inglés Hartman le consideró el mejor de su época. En 1809, organizó la mejor caballería del ejército español, el cuerpo de «Húsares de Arlanza», en que cada escuadrón tenía caballos de un solo color —negros, bayos, tordos—, y los soldados iban perfectamente uniformados y llevaban en el kapis de charol el escudo de la cabeza de Castilla. Merino era un verdadero centauro. Son famosos sus caballos negros, que llevaba siempre a la par, saltando del fatigado al descansado, sin detenerse, en plena carrera —los «cuervos negros» del romance de Pemán, que tantas veces le salvaron la vida—. Era capaz de cabalgar diez y ocho horas, cambiando tres veces de pareja y de asistente; veía a grandes distancias y distinguía por la forma de las polvaredas, la caballería de la infantería enemigas. La primera campaña le sorprendió con treinta y nueve años,

pero a los sesenta y siete y setenta seguía cabalgando en la última, Un verdadero caso de resistencia física.

Caricatura, retrato y leyenda negra del cura Merino

Algunos franceses y ciertos españoles que han seguido sus huellas, han intentado empequeñecer al cura Merino. Circuló allende la frontera una caricatura de «le curé espagnol Merino», con teja, pañuelo en las quijadas atado a la cabeza, como los empleados para aliviar el dolor de muelas, caballo flaco y huesudo, un Cristo al cuello y un trabuco naranjero. Ridícula efigie.

El General Merino era un hombre alto, moreno, fornido, atildado en el vestir. Energico, sí, pero afectuoso y comprensivo. Intransigente con las ideas, muy tolerante con las personas y compasivo con los prisioneros. Hizo a los afrancesados varios llamamientos de concordia y perdón. Tuvo a su mayor enemigo al alcance de su carabina y no quiso matarle. Es famoso su gesto de indulgencia con los prisioneros de 1,821, a los que libertó y dió dinero para socorrerles, así como con el farmacéutico de Palenzuela, que habia quemado en efigie al Cura Merino. Hasta sus adversarios han reconocido su caridad ardiente con sus feligreses y con los sacerdotes pobres de su comarca.

No son menos las polémicas que en defensa de la religión tuvo con el Jefe Político de Burgos para que no se aplicasen los decretos anticatólicos de las Cortes de Cádiz.

¿Porqué entonces, la leyenda negra del Cura Merino, formada de perfiles inconcretos, y de subjetivismos literarios?.

Sin duda por confusión con otro sacerdote de su mismo nombre. Un desgraciado, loco paranoico, Martín Merino, natural de Arnedo, que intentó dar una puñalada a Isabel II, porque le parecía poco revolucionaria su política. Más no era cura sino fraile exclaustrado fue ahorcado y aventadas sus cenizas.

La Merinada

Dió nombre a la campaña realista de 1.820-1.823, que en Castilla se conoce con el nombre de «La Merinada».

Llevaba Merino varios años de paz. Había vuelto a su parroquia, porque no se acomodaba con el bullicio social de su canongía de Valencia. Mas llegó el período constitucional de 1.820 a 1.823, la España del «trágala» — masones, carbonarios, comuneros, anilleros — y Merino se lanzó



Así aparecieron los restos mortales del Cura Merino. Obsérvese el abuntante
cabello de la calavera

(Corresponde al artículo del Sr. Codón)

al campo. Su nombre en el Sur de Burgos era razón suficiente para arrastrar riadas de voluntarios y este «Mío Cid tornó de cabalgar», a los cincuenta y cuatro años. Conoció los riesgos de la campaña y retornó a sus refugios del embudo de Neila, la cueva del Abejón, cerca de Regumiel, y las ruinas de Clunia y se aventuró en campo abierto, por Castilla la Nueva y Extremadura. «La Merinada» fue el más eficaz apoyo de la Regencia de Urgel y de los cien mil hijos de San Luis que en realidad no llegaban a cuarenta mil.

La última salida....

Aun tuvo fuerzas Merino para cabalgar de nuevo de los sesenta y cuatro a los setenta años. Aun su estrella brilló, al recorrer Castilla, Portugal y Aragón de Teniente General, defendiendo a Carlos V. Sus proclamas fechadas en Burgos, «en el Cuartel General del Honor», conforme al gusto romántico, han merecido la atención del historiador de las ideas políticas Juan Beneyto. Por cierto que de sus textos se desprende una cultura política grande y un espíritu precursor de los principios del 18 de Julio.

El hecho más transcendental y difícil en que intervino su división castellana fue la toma de Morella, que causó el pasmo y la alegría delirante de Cabrera.

Fue espejo de lealtad, hasta su muerte....

Castillo Puche, prueba que en las turbias maniobras que procedieron al convenio de Vergara, uno de los mayores obstáculos que señalaba Avinareta para el entramado de la traición, era el Cura Merino, que figuraba en la lista de los incorruptibles.

Por eso, en efecto, pasó a Francia en pos de su Rey, para morir en el exilio. El Marqués de Lafayette quiso alojarle en su Castillo y le ofreció sus cotos de caza, pero los rechazó dulcemente, para dedicarse a meditar en los problemas del más allá.

Marcho Alençon, a vivir con una pensión de cuarenta francos. Poco antes de morir llegó para él una carta de Don Carlos. Su escuela de defunción se redactó — ironías del destino— en francés...

Jerónimo Merino fue el nuevo Cid de Castilla. Sobre el horizonte de los alcores cárdenos de esta tierra, sobre la verde cortina de los pinares, no se recorta como quería Machado, «la sombra de un gigante centauro»

flechador.... Hoy hay dos sombras gloriosas, parecen abrazarse a orillas del Arlanza y del Duero: las sombras ecuestres del Cid y del Cura Merino, estampas vivas de la fibra de la raza, sobre el cielo infinito de Castilla, cuando los huesos de ambos, descansan por fin, muy cerca, en el mismo pedazo de la tierra española.

JOSE MARIA CODON